

Para romper el ghetto

Berta Hiriart*

El silencio está roto. La vieja consigna de tomar la palabra y decir nuestra versión de mujeres ha sido rebasada, al menos parcialmente. Ya se oyen voces femeninas y feministas por todas partes: en las cámaras legislativas, en las escuelas, en los partidos políticos, en los periódicos y hasta en la televisión, de vez en cuando.

Y, sin embargo, no alcanzan todavía fuerza suficiente para competir con las contrarias o simplemente con otras más significativas en la vida social. El periodismo feminista sigue teniendo el carácter de un ghetto informativo, y dedicarse a él es a la vez que un reto, una atadura.

Por una parte implica rondar siempre por los mismos temas, los mismos ángulos de visión. Lo que pudo haberse iniciado por impulsos tan íntimos como la fantasía de salvar a la madre o la necesidad de dar un orden comprensible a la propia historia acaba convirtiéndose en un compromiso político, en el que se entra al cruce de fuegos por el poder y se está de un lado, en una trincheira. Con uniforme, himno y escudo. Todo lo cual da una coherencia, un sentido, a la tarea de escribir. Pero entraña algunos riesgos.

*Periodista, corresponsal de *Fempres* (Chile), Asesora editorial de *Quehacer de Maestras*.

El mayor de los es dejar de ver. Si las ideas siempre van por adelante, una camina a tientas. El maniqueísmo es una forma de ceguera. A fuerza hay que encontrar la confirmación de la regla: la opresión hacia las mujeres, el sexismo. ¿Y si hay otras cosas frente a nosotras?

El compromiso, entido como lealtad hacia un grupo —en este caso llamado las mujeres— puede llevar a serias deformaciones de la realidad. Los discursos acerca de lo buenas, solidarias y en favor de la vida que somos todas, por el mero hecho de tener cromosomas XX o útero o una historia de discriminación, son un ejemplo de la distorsión —y aun sexismo alrevesado— en la que puede caerse. Son visiones de espejo de feria que no van más allá de despertar cierta autocomplacencia.

En nombre de la lealtad a un grupo o una idea se ha silenciado horror y medio a lo largo de la historia. No comparo al movimiento de las mujeres con el estalinismo, pero quiero decir lo fácilmente que caemos en uno de los mecanismos que lo sostuvieron: la falta de autocrítica, la censura, el silenciamiento de los errores.

El periodismo feminista rara vez habla de las pugnas internas por el poder ni de algún hecho que muestre lo poco solidarias y dulces que podemos ser las mujeres. Eso desacreditaría al movimiento, ya de por sí hostilizado, ninguneado, y daría razón a quienes piensan que más de dos mujeres es trifulca, sería dar armas al enemigo. Es cierto, pero me pregunto cómo pueden resolverse los problemas sin reconocerlos (igual que los que se refieren a la opresión sexista), cómo puede crecer sin mirar hacia dentro.

A veces dan ganas de romper la atadura, pero sólo es posible darse algunas vueltas de entrada por salida. La verdad es que la discriminación es todavía cosa de todos los días, y se expresa en situaciones absolutamente concretas, con nombres y rostros precisos. Quien hace periodismo feminista no puede ya dejar de enterarse de violaciones y maltratos, de abortos mal practicados, de empleos perdidos a causa de un embarazo, de tratos desiguales en partidos y grupos políticos, y de un montón de situaciones relacionadas con el hecho de ser mujer.

No hay escapatoria, no hay modo de hacerse la desentendida, confiando en que los grandes medios se encarguen de estos asuntos. Por una simple razón: no lo van a hacer. A la mayoría de los jefes de información estos "casos" no les parecen noticia. Noticia es lo que acontece en la Política o en la Cultura, así, con mayúscula. El aborto, por ejemplo, se vuelve noticia cuando un gobernador decide lanzar una ley de despenalización, pero no lo es en cuanto experiencia compartida cada año por dos millones de mujeres, ni tampoco cuando feministas de todo el país se reúnen a reflexionar sobre ello y hacer propuestas. La prueba está en que ahora que la iniciativa de ley chiapaneca ha sido congelada, nadie se ocupa más del tema. Como si el problema hubiera dejado de existir.

PARA ROMPER EL GHETTO

Por eso, aunque el silencio se ha roto al punto de que algunos de los temas silenciados por siglos se han vuelto cantinelas, no es posible soltar el hilo que a cada quien le toca en la red feminista de comunicaciones. Siguen siendo necesarios los suplementos y columnas, las revistas, las series de radio, elaborados desde esta trinchera. Ni modo. Cuando alguien comenta-y nunca falta quien-que los espacios feministas son una automarginación de las mujeres hay que poner en claro que esta trama se teje al revés. Me parece que muchas de las que nos dedicamos a esta tarea quisiéramos que los asuntos que afectan a las mujeres fueran considerados noticias importantes, cubiertas por el gremio periodístico en general y en todos los espacios. Pero este sueño está lejos de cumplirse, si es que se cristaliza alguna vez.

En este sentido, el periodismo feminista es una especie de prisión, como lo es de alguna manera todo ghetto. Un quehacer que se realiza al margen, en espacios demarcados por la etiqueta "de y para mujeres"; casi siempre sin recursos, lo mismo si se trata de un espacio independiente que de un "apartado" dentro de un medio de información masiva.

Principalmente por esta razón, pero también por otras que vale la pena revisar, el periodismo alternativo de las mujeres llega, a pesar de sus esfuerzos, a un público restringido. No compite ni remotamente con los espacios tradicionales "para mujeres", los que comparten la etiqueta no por razones de convicción sino de buen ojo comercial.

La investigadora Mercedes Charles, quien ha estudiado a las receptoras de diversos medios, señala que las publicaciones feministas, con sus contadas excepciones, no alcanzan al gran público porque descuidan las necesidades de placer y entretenimiento. Las mujeres no ven la telenovela o compran **Cosmopolitan** porque sean unas bobas que se dejen caer en la trampa, sino porque obtienen algunas gratificaciones en ellas, desde el goce de un buen papel y un diseño agradable, hasta el de una historia emocionante en la que todo acaba bien, como en los cuentos de hadas.

No paso por alto los recursos y la intencionalidad con los que se fabrican estos productos de comunicación, pero es preciso reconocer que están hechos de manera que la gente los busca y consume. El final de **Cuna de lobos** paralizó al país. Todas y todos queríamos saber si el mal sería castigado. Algo hay en esta respuesta más allá de los ardidés publicitarios.

Es evidente que no cualquier producto cultural puede alcanzar este éxito ni lo pretende. Hay publicaciones que van a públicos específicos, ya iniciados en ciertos temas. De todas formas, el señalamiento de Mercedes Charles es útil para la mayor parte del periodismo feminista, porque -a decir verdad- no hemos considerado sufi-

cientemente este aspecto. Además de los problemas económicos arrastramos un vicio proveniente de la izquierda: la creencia de que lo importante es "el mensaje", como si forma y contenido pudieran separarse.

La pobreza en la presentación tiene su complemento perfecto en los discursos de todas buenas y todas víctimas, en la denuncia repetida, en el afán didáctico. ¿Por qué un ama de casa, sin una conciencia de género superdesarrollada, habría de elegir comprar una publicación alternativa de estas características en vez de una tradicional?

Nuevas experiencias hablan de lo que puede lograrse si se toman en cuenta todos los elementos de un material de comunicación. El grupo Manuela Ramos, de Perú, ha conseguido hacer una fotonovela feminista que se agota en los quioscos. Está elaborada por fotógrafos y diseñadores profesionales, y la protagonizan los actores más taquilleros del momento.

Así, las Manueles han roto el cerco del ghetto, en primer lugar acudiendo a quienes tienen oficio (aunque no pertenezcan al movimiento de mujeres) y como consecuencia llegando a un público amplio y heterogéneo.

Esta experiencia abre posibilidades esperanzadoras. Porque si bien el ghetto está delimitado desde fuera, al parecer existen salidas. Encontrarlas, creo, es uno de los retos del movimiento de hoy, tanto en el periodismo feminista como en otras áreas. Para acercarse a ellas necesitamos un cambio de visión, que dé entrada a tonos y matices diversos. Si rompimos el silencio tomando la palabra, para romper el ghetto tenemos que acercarnos a otras y a otros, que tal vez no sean feministas convencidas(os), pero que tienen algo que aportar a nuestro trabajo. Tenemos que aprender de fórmulas ajenas e inventar nuevas combinaciones de elementos. Experimentar, exponemos al vértigo de no tener respuestas acabadas, rescatar la mirada fresca que se requiere para hacer buen periodismo.

Claro que da miedo. El ghetto también protege. Pero me parece que si deseamos abrir el cerco -¿deseamos?- hay que arriesgarse. Tal y como lo han hecho algunas feministas en otros ámbitos no menos ásperos.

El periodismo feminista ha dado en algunos blancos, colaborando a que la discriminación sexista alcance un reconocimiento en la opinión pública. Ha servido para llevar a cabo ciertas reflexiones y debates dentro del mismo movimiento. También ha sido apoyo para que algunas mujeres agredidas de una u otra manera logren resoluciones justas. No es mi intención negar sus méritos, sino participar en su avance.